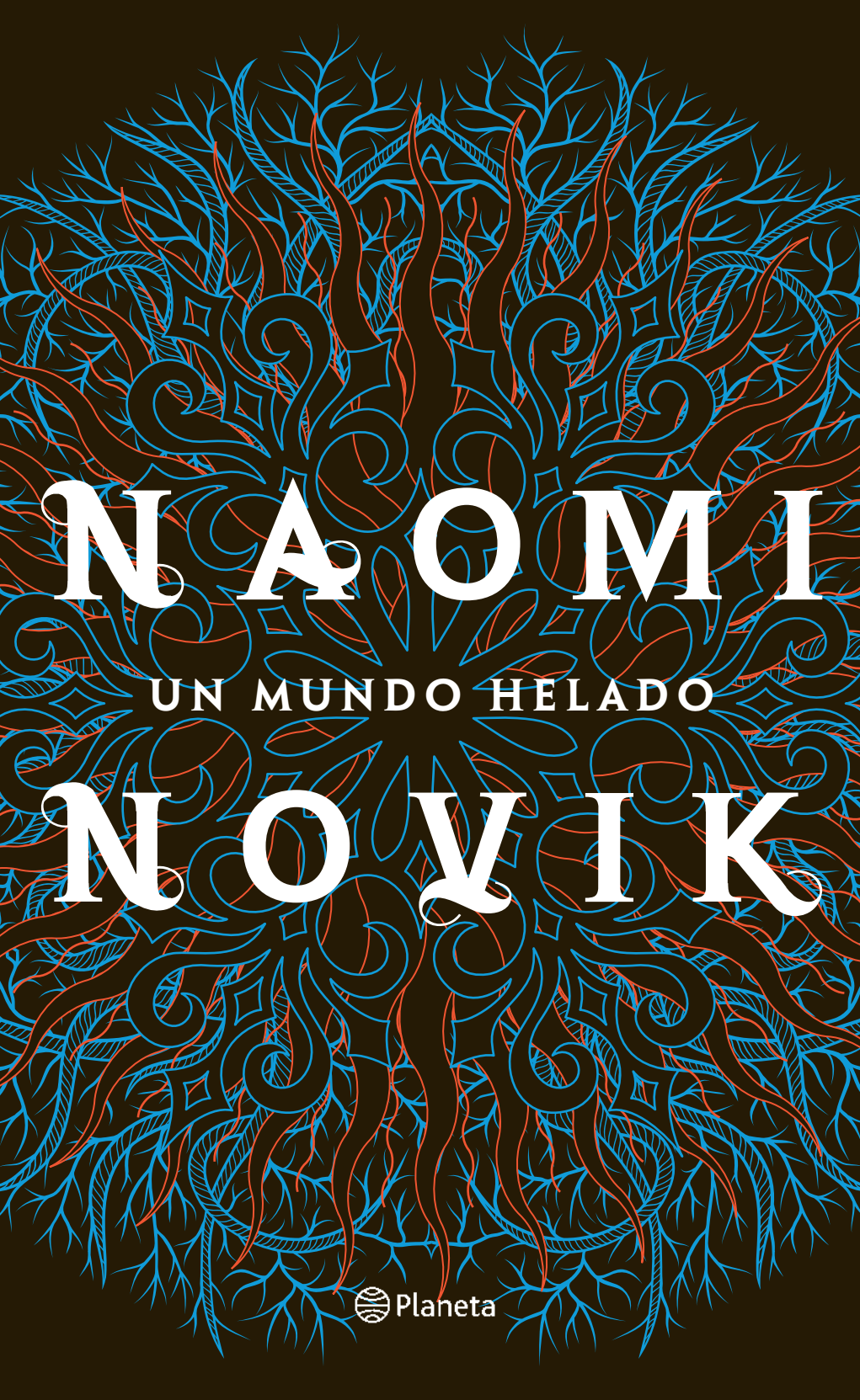




NAOMI

UN MUNDO HELADO

NOVIK

NAOMI NOVIK

UN MUNDO HELADO

Traducción de Julio Hermoso Oliveras

 Planeta

Título original: *Spinning Silver*

© Temeraire LLC, 2018

Publicado de acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC

© por la traducción, Julio Hermoso Oliveras, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21378-9

Depósito legal: B. 15.785-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

La verdadera historia no es ni la mitad de bonita de lo que te han contado. Dice la verdadera historia que la hija del molinero, con sus largos cabellos de oro, quiere atrapar a un príncipe, a un señor o al hijo de un hombre rico, así que va a ver al prestamista, le pide dinero para comprarse un collar y un anillo y se acicala para el festival. Y la muchacha es bastante guapa, de modo que ese príncipe, señor o hijo del hombre rico se fija en ella, baila con ella, se revuelca con ella en un pajar después del baile, se marcha a su casa y se desposa con la mujer rica que su familia ha elegido para él. A continuación, la mancillada hija del molinero le cuenta a todo el mundo que el prestamista se ha confabulado con el diablo, y el pueblo lo echa de allí a patadas o quizá incluso lo apedrea, de forma que ella, al menos, se queda con sus joyas como dote, y el herrero se casa con ella antes de que aquel primogénito llegue un poco más pronto de lo que le correspondía.

Porque de eso trata la historia en verdad, de librarse de pagar las deudas. No es así como te lo cuentan, pero yo ya lo sabía. Sí, mi padre era prestamista.

No se le daba muy bien. Cuando alguien no le pagaba a tiempo, él jamás se lo mencionaba siquiera. Sólo cuando

teníamos la despensa bien vacía, o cuando se nos caían a pedazos los zapatos y mi madre hablaba con él entre susurros después de que yo me hubiese ido a la cama, entonces salía él, infeliz, llamaba a algunas puertas y se las arreglaba para que pareciese que se estaba disculpando por pedir lo que le debían. Y cuando había dinero en casa y venía alguien a pedir un préstamo, odiaba decir que no, aunque no tuviéramos lo suficiente para nosotros mismos. De forma que todo su dinero, la mayor parte del cual era de mi madre —su dote—, fue a parar a las casas de los demás. Y a todo el mundo le gustaba que las cosas fueran así por mucho que supieran que deberían avergonzarse de sí mismos, de manera que contaban aquella historia con mucha frecuencia, incluso o especialmente cuando yo podía oírla.

El padre de mi madre también fue prestamista, pero él era muy bueno. Vivía en Vysnia, a doce leguas por ese viejo y bacheado camino que culebreaba de pueblo en pueblo como un cordel lleno de nudos pequeños y sucios. Mamá solía llevarme de visita, cuando se podía permitir pagar unas monedas para que nos hicieran hueco en la parte de atrás de la carreta de un buhonero, o en un trineo, con cinco o seis cambios en el trayecto. En ocasiones veíamos el otro camino fugazmente, entre los árboles, aquella senda que pertenecía a los staryk, reluciente como la capa superior de un río en invierno, cuando soplaba el viento y se llevaba la nieve. «No mires, Miryem», me decía mi madre, pero yo no lo perdía nunca de vista con el rabillo del ojo, con la esperanza de mantenerlo cerca, porque eso suponía un viaje más rápido: quien fuera que llevase las riendas de la carreta azotaría a los caballos para azuzarlos hasta que aquel sendero volviese a desaparecer.

Una vez, oímos los cascos a nuestra espalda, cuando los staryk salieron de su camino, un ruido como el crujido del hielo, y el hombre a las riendas apremió a los caballos para meter la carreta detrás de un árbol; todos nos acurrucamos en la parte de atrás del carro, entre los sacos, y mi madre me rodeó la cabeza con el brazo para mantenerla baja y que no sintiera la tentación de echar un vistazo. Pasaron de largo por delante de nosotros y no se detuvieron. Era la carreta de un pobre buhonero, llena de cacerolas de latón deslucido, y los caballeros staryk sólo iban en busca de oro. El tintineo de los cascos se fue apagando, y nos envolvió un viento cortante, así que, cuando me incorporé, tenía blanco de escarcha el extremo de la trenza fina que llevaba en el pelo, igual que la manga de mi madre, con la que me había cubierto, y también la espalda. Pero la escarcha se deshizo y, en cuanto desapareció, le dijo el buhonero a mi madre:

—Bueno, pues ya hemos descansado, ¿verdad? —Como si no recordara el motivo por el que nos habíamos detenido.

—Sí —dijo mi madre al tiempo que asentía, como si ella tampoco lo recordara.

El hombre se puso en pie, se volvió a subir al pescante de la carreta y chasqueó la lengua a los caballos para ponernos otra vez en marcha. Era demasiado pequeña como para recordar gran cosa de aquello más adelante, y tampoco era lo bastante mayor como para preocuparme tanto por los staryk como por ese frío tan común que me atravesaba la ropa y por el pellizco que sentía en el estómago. No quería decir nada que hiciese que la carreta se detuviera de nuevo, impaciente como estaba por llegar a la ciudad y a la casa de mi abuelo.

Mi abuela siempre tenía un vestido nuevo para mí, liso y de un pardo poco llamativo, pero cálido y bien hecho, y, cada invierno, un par de zapatos de cuero que no me hacían daño en los pies, ni estaban remendados ni rajados por los bordes. Me daba de comer tres veces al día, hasta reventar, y la última noche antes de marcharnos siempre preparaba una tarta de queso, su tarta de queso, dorada al horno por fuera, pero blanca, gruesa y que se desmigajaba por dentro, con una pizca de sabor a manzana y decorada con pasas dulces y doradas en lo alto. Después de haberme comido lenta y pausadamente hasta el último bocado de una porción más ancha que la palma de mi mano, me metían en la cama en el piso de arriba, en el dormitorio grande y acogedor donde dormían mi madre y sus hermanas cuando eran niñas, en la misma cama estrecha de madera tallada con palomas. Mi madre se sentaba con la abuela junto a la chimenea y le apoyaba la cabeza en el hombro. No decían nada, pero cuando fui algo más mayor, cuando ya no me quedaba dormida de inmediato, podía ver a la luz de la chimenea que a las dos les rodaba por la cara el leve y húmedo rastro de las lágrimas.

Podríamos habernos quedado. Había sitio en la casa de mi abuelo, y allí nos recibían con los brazos abiertos, aunque siempre regresábamos a casa, porque queríamos a mi padre. Era un desastre con el dinero, pero cariñoso y amable hasta lo indecible, e intentaba compensar sus defectos: se pasaba prácticamente todos los días en el frío del bosque, cazando para comer y buscando leña, y cuando estaba en casa, no había nada que no hiciese con tal de ayudar a mi madre. En mi casa no se hablaba de tareas de mujeres, y cuando pasábamos hambre, él era el que más hambre

pasaba y nos ponía de su comida en nuestro plato, a escondidas. Cuando se sentaba junto al fuego por la noche, siempre tenía algún trabajo en las manos, tallando algún juguetito para mí, o algo para mi madre, algo para decorar una silla o una cuchara de madera.

Pero el invierno era siempre largo y muy frío, y desde que tenía edad para recordar cada año era peor que el anterior. Nuestro pueblo carecía de murallas y prácticamente de nombre; algunos decían que se llamaba Pakel, por estar cerca del sendero, y aquellos a los que no les gustaba eso porque les recordaba la proximidad del camino de los staryk los acallaban a voces y decían que se llamaba Pavys por su cercanía al río, pero nadie se molestaba en situarlo en un mapa, así que nunca se llegó a tomar decisión alguna al respecto. Al hablar, todos lo llamábamos «el pueblo», sin más. Resultaba de fácil acceso para los viajeros, a un tercio del camino entre Vysnia y Minask, y un riachuelo cruzaba el camino desde el este, en dirección al oeste. Muchos campesinos traían su género en barca, de manera que siempre había ajetreo en nuestro día de mercado. Pero hasta ahí llegaba nuestra relevancia. Ningún señor se preocupaba demasiado por nosotros, y menos aún el zar de Koron, que no se preocupaba en absoluto. No te podría haber contado para quién trabajaba el recaudador de impuestos hasta que, en una visita a la casa de mi abuelo, me enteré de forma accidental de que el duque de Vysnia se había enfadado porque los ingresos de nuestro pueblo no dejaban de menguar constantemente, año tras año. El frío que surgía del bosque se filtraba más y más temprano cada vez y atacaba nuestras cosechas.

Y el año en que cumplí los dieciséis, además, vinieron

los staryk durante la que debería haber sido la última semana del otoño, antes de que se hubiera recogido toda la cebada tardía. Desde siempre, venían de cuando en cuando a saquear el oro. La gente contaba historias sobre algún episodio breve que creían recordar, y sobre los muertos que dejaban a su paso. En el transcurso de los últimos siete años, sin embargo, conforme los inviernos iban empeorando, los staryk se habían vuelto más codiciosos. Aún quedaban algunas hojas en los árboles cuando salieron cabalgando de su camino y entraron en el nuestro, y llegaron a unas tres leguas más allá de nuestro pueblo, hasta el rico monasterio que había por la vereda, y allí mataron a decenas de monjes y se llevaron los candelabros, el cáliz de oro y todos los iconos pintados con pan de oro, un tesoro dorado que se llevaron al reino que había al final de su camino, fuera cual fuese aquel reino.

Aquella noche se congeló el suelo por completo a su paso, y del bosque surgió un continuo viento cortante, todos los días después de aquél, con unos remolinos de nieve que hacían daño. Nuestra pequeña casa estaba apartada en uno de los extremos del pueblo, sin ningún muro cercano que colaborase en la tarea de cortar el viento, y nosotros estábamos cada vez más delgados, más hambrientos y con más tiritonas. Mi padre continuaba poniendo excusas y evitando un trabajo que no podía soportar, pero incluso cuando mi madre por fin ejerció un día su presión y él lo intentó, apenas regresó con un triste puñado de monedas y dijo como disculpa: «Es un invierno muy malo. Un invierno muy duro para todos», cuando ellos ni siquiera se hubieran molestado en ofrecerle a él tal excusa, creo yo. Al día siguiente, atravesé el pueblo para ir al panadero a bus-

car nuestra hogaza y oí a unas mujeres que nos debían dinero y hablaban de los banquetes que pensaban preparar, los caprichos que pensaban comprar en el mercado. Nos aproximábamos al solsticio de invierno, y todo el mundo quería servir algo bueno en su mesa, algo especial para la celebración de las fiestas, sus fiestas.

De manera que habían hecho que mi padre se marchara con las manos vacías cuando en sus casas brillaba la luz sobre la nieve y el olor de la carne asada se escapaba por las rendijas, y otra vez caminaba yo con paso lento a ver al panadero para darle un triste penique a cambio de una hogaza basta y medio quemada que, desde luego, no sería la que yo hubiera hecho. A una de sus otras clientas le había dado una buena, pero a nosotros nos guardaba una estropeada. En casa, mi madre estaba haciendo un caldo agüado de repollo, sacaba de donde podía el aceite usado de cocina para encender el quinqué en la tercera noche de nuestra celebración y no dejaba de toser mientras trabajaba: otra ola de frío glacial había llegado del bosque y se había colado por cada rendija y por cada hueco de nuestra destartalada casita. Habíamos conseguido mantener encendido el quinqué durante unos minutos antes de que llegara una ráfaga de viento y nos lo apagase, cuando mi padre dijo: «Bueno, quizá eso significa que ya es la hora de irse a la cama», en lugar de volver a encenderlo, porque ya casi nos habíamos quedado sin aceite.

Llegado el octavo día, mi madre estaba demasiado cansada de tanto toser como para salir de la cama siquiera.

—Enseguida se pondrá bien —dijo mi padre mientras evitaba mirarme—. Este frío pasará pronto. Ya está durando mucho.

Estaba tallando velas de madera, unos palitos finos para quemarlos, porque ya habíamos gastado las últimas gotas de aceite la noche previa. En nuestra casa no se iba a hacer el milagro de la luz.

Salió a buscar la poca leña que quedase bajo la nieve. Nuestra leñera también se estaba quedando vacía.

—Miryem —me llamó mi madre con la voz ronca cuando mi padre salió.

Le llevé una taza de té aguado con una pizca de miel, todo cuanto tenía para que se sintiese mejor. Le dio unos sorbos, se volvió a recostar y dijo:

—Cuando pase el invierno, quiero que vayas a la casa de mi padre. Que él te lleve a la casa de mi padre.

La última vez que fuimos a visitar a mi abuelo, las hermanas de mi madre vinieron una noche a cenar con sus maridos y sus hijos. Todos vestían prendas de lana gruesa y habían dejado en la entrada de la casa unas capas de pieles, llevaban anillos de oro en los dedos y pulseras de oro también. Rieron y cantaron, y toda la habitación se notaba caldeada pese a estar en lo más crudo del invierno; tomamos pan tierno, pollo asado y un caldo de aspecto dorado, muy sabroso y salado, cuyo vapor me ascendía hasta la cara. Cuando mi madre me habló de ese modo, aspiré todo el calor de aquel recuerdo junto con sus palabras y lo anhelé con los puños dolorosamente apretados. Pensé en marcharme para no quedarme allí como un mendigo, en dejar a mi padre solo y en abandonar para siempre el oro de mi madre en las casas de nuestros vecinos.

Apreté los labios con fuerza, le di un beso a mi madre en la frente, le dije que descansara y, cuando se quedó durmiendo, me fui hasta el cajón junto a la chimenea donde

mi padre guardaba su libro grande de cuentas. Lo saqué y tomé también la pluma desgastada de su soporte, mezclé un poco de tinta con las cenizas de la chimenea e hice una lista. La hija de un prestamista —incluso la de un mal prestamista— aprende a hacer cuentas. Escribí y calculé, volví a escribir y volví a calcular los intereses y los plazos que quedaban cancelados con todos aquellos pagos tan ridículos y desperdigados sin orden ni concierto que habíamos recibido. Mi padre los tenía todos meticulosamente anotados, tan escrupuloso con todos los prestatarios como ellos no lo habían sido nunca con él. Cuando tuve mi lista terminada, saqué de mi bolsa todo el género de punto, me puse el chal y salí al frío de la madrugada.

Fui a todas las casas que nos debían dinero y aporreé cada puerta. Era temprano, muy temprano, no había amanecido aún, porque la tos de mi madre nos había despertado en plena noche. Nadie había salido de casa todavía, así que los hombres me abrían la puerta y me miraban sorprendidos, y yo los miraba a ellos a la cara y les decía:

—He venido a liquidar tus cuentas.

Intentaban ponerme excusas, por supuesto; algunos de ellos se reían de mí. Oleg, el carretero, apretó sus manazas con fuerza, se apoyó los puños en las caderas y me miró desafiante mientras su pequeña esposa con el aspecto de una ardillita no levantaba la cabeza del fuego y me lanzaba miradas breves y rápidas. Kajus, que había pedido prestadas dos piezas de oro un año antes de que yo naciese y había conseguido una buena clientela para el krupnik que preparaba y destilaba en unos grandes calderos de cobre comprados con nuestro dinero, me sonrió, me dijo que pasara y me quitase el frío de encima, y me ofreció una

bebida caliente. Lo rechacé. No quería que me hiciesen entrar en calor. Me quedaba en sus umbrales y sacaba mi lista, y les decía cuánto habían pedido prestado, lo poco que habían devuelto y cuántos intereses añadidos debían ya.

Ellos resoplaban, discutían y algunos me gritaban. Nadie me había gritado jamás en mi vida: ni mi madre, con su voz tan callada, ni mi amable padre. Pero hallé algo amargo en mi interior, algo de aquel invierno que me había llegado al corazón: el sonido de la tos de mi madre y el recuerdo de esa historia que tantas y tantas veces contaban en la plaza del pueblo, la historia de la muchacha que llegó a convertirse en reina con el oro de otro y que jamás pagó sus deudas. Permanecía en sus umbrales y no me movía. Mis números eran correctos, y todos lo sabíamos, tanto ellos como yo. Y cuando se cansaban de gritar, yo les preguntaba:

—¿Tienes el dinero?

Lo veían como una escapatoria. Decían que no, por supuesto que no; nunca tenían tales sumas.

—Entonces me pagarás un poco ahora, y otro poco cada semana hasta que tus deudas queden saldadas —decía yo—, y abonarás los intereses de los pagos que no has realizado, si no quieres que lo ponga en manos de mi abuelo para que lleve todo esto ante la ley.

Ninguno de ellos viajaba mucho. Sabían que el padre de mi madre era rico y que vivía en una gran casa en Vysnia, que había hecho préstamos a caballeros e incluso a un señor, según se rumoreaba. Así que me daban algo, poco, a regañadientes, apenas unos peniques en algunas casas, pero en todas me dieron algo. También les permitía que me entregasen bienes: catorce varas de un cálido paño de

lana teñido de un rojo granate, una jarra de aceite, dos docenas de buenas velas, largas, de cera blanca, un cuchillo de cocina nuevo del herrero. A todos los objetos les adjudicaba un valor justo —el precio que le habrían cobrado a cualquier otro que lo comprase en el mercado, y no a mí—, anotaba los números delante de ellos y les decía que volvería a verlos la semana siguiente.

De camino a casa, me detuve en la de Lyudmila. Aquella mujer no pedía dinero en préstamo; es más, podría haberlo prestado ella sin cobrar intereses y, aun así, nadie en el pueblo habría sido tan tonto como para pedir un préstamo a alguien que no fuese mi padre, quien les dejaba pagar como quisieran o no devolverlo siquiera. Me abrió la puerta con esa sonrisa suya tan ensayada: daba cobijo a los viajeros durante la noche. La sonrisa se le borró nada más verme.

—¿Y bien? —me espetó cortante, convencida de que había venido a mendigar.

—Panova, mi madre está enferma —le dije, con cortesía, para que siguiera pensándolo un poquito más y se sintiera aliviada cuando añadiese—: He venido a comprar algo de comer. ¿Cuánto pides por la sopa?

Después le pregunté el precio de los huevos, y del pan, como si estuviera tratando de cuadrar lo poco que llevase en el monedero, y como ella no tenía conocimiento de que las cosas fuesen de otra manera, se limitó a soltarme los precios con brusquedad en lugar de inflarlos y doblarlos. Luego se sintió molesta cuando por fin conté los seis peniques de una cazuela de sopa caliente con medio pollo dentro, tres huevos frescos, una hogaza tierna y un cuenco de miel de panal cubierto con una servilleta. Aun así, me lo

dio a regañadientes, y me lo llevé todo por el largo camino hasta mi casa.

Mi padre ya había regresado antes que yo; estaba cebando el fuego, y alzó una mirada de preocupación cuando empujé la puerta con el hombro para entrar. Se quedó mirando la comida y la lana roja que traía en los brazos. Dejé toda mi carga y puse el resto de los peniques y un kopek de plata en la jarra que teníamos junto al hogar, donde, de otro modo, sólo quedaría un par de peniques. Le entregué la lista con las anotaciones de los pagos. Acto seguido, me di la vuelta y me dediqué a cuidar de mi madre.

Después de aquello, fui yo la prestamista del pueblo. Era una buena prestamista, y mucha gente nos debía dinero, así que la paja que teníamos en el suelo de la casa no tardó en convertirse en unos tablones lisos de una madera excelente, rellenamos las grietas de la chimenea con una buena arcilla, renovamos la paja del techo, y mi madre tuvo una capa de pieles con la que taparse para dormir, o para ponérsela, para mantener el calor del pecho. A ella no le gustaba todo aquello, en absoluto, ni tampoco a mi padre, que salió fuera a llorar en silencio y a solas el día en que traje la capa a casa. Odetta, la mujer del panadero, me la había ofrecido como pago por toda la deuda de su familia. Era muy bonita, de tonos oscuros y pardos claros; la había traído consigo cuando se casó, hecha con los armiños que su padre había cazado en los bosques del boyardo.

Aquella parte de la vieja historia resultó ser cierta: tienes que ser cruel para ser una buena prestamista, pero yo estaba dispuesta a ser tan inmisericorde con nuestros veci-

nos como ellos lo habían sido con mi padre. Tampoco es que les arrebatase a sus primogénitos, pero, una semana hacia el final de la primavera, cuando los caminos quedaron por fin despejados de nuevo, me acerqué caminando a ver a uno de los agricultores de los campos más alejados, un hombre que no tenía nada con lo que pagarme, ni siquiera una barra de pan de sobra. Gorek había pedido prestados seis kopeks de plata, una suma que jamás podría devolver ni aunque recogiera una buena cosecha todos los años hasta el final de sus días; es más, no me parecía que aquel hombre hubiera tenido nunca en la mano más de cinco peniques a la vez. En un principio, trató de echarme de la casa a base de maldiciones, con toda tranquilidad, como tantos de ellos hacían, pero cuando me mantuve firme y le dije que la justicia vendría a por él, la voz se le llenó de verdadera desesperación.

—Tengo cuatro bocas que alimentar —me dijo—. No puedo sacarlo de debajo de las piedras.

Supongo que debería haberme sentido mal por él. Mi padre lo habría hecho, y mi madre también, pero yo, envuelta en mi frialdad, lo único que sentía era el peligro del momento. Si se lo perdonaba y aceptaba sus excusas, todo el mundo tendría una excusa una semana después; vi cómo se volvía a desbaratar todo a partir de ahí.

En ese instante entró su hija tambaleándose, muy alta, con las trenzas rubias cubiertas con un pañuelo y un pesado yugo sobre los hombros, cargada con dos cubos de agua, el doble de lo que yo era capaz de llevar cuando iba al pozo.

—Entonces, tu hija vendrá a mi casa a trabajar para liquidar la deuda, por medio penique al día —le dije, y me

marché más ancha que larga, e incluso hice un par de pasos de baile por el camino, sola, bajo los árboles.

La hija se llamaba Wanda. Silenciosa, vino a casa al amanecer del día siguiente, trabajó como una mula hasta la cena y después se marchó en silencio; mantuvo todo el rato la cabeza baja. Era muy fuerte, y cargó prácticamente con todas las tareas del hogar en apenas la mitad de aquel día. Llevó el agua y cortó la leña, atendió el pequeño grupo de gallinas que teníamos ahora rebuscando por el patio y fregó los suelos, la chimenea y todas las cacerolas, y yo quedé muy satisfecha con mi solución.

Cuando se marchó, por primera vez en mi vida oí a mi madre hablar a mi padre con tono airado, culpándole como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando más resfriada y enferma estaba.

—¿Es que no te importa lo que le está haciendo eso? —oí que gritaba a mi padre con una voz todavía ronca mientras me quitaba el barro de los tacones de las botas en la puerta del jardín.

Al no tener que hacer el trabajo matinal, había pedido prestado un borrico y me había marchado hasta las aldeas más lejanas a recaudar el dinero de una gente que quizá pensaba que nadie acudiría jamás a reclamarlo. Ya se había recogido el centeno del invierno, y tenía dos sacos enteros de grano, otros dos de lana y una bolsa grande de las avellanas preferidas de mi madre, que se habían mantenido frescas durante el invierno al frío de la intemperie, además de un cascanueces viejo pero de buena calidad, hecho de hierro, de manera que ya no tendríamos que pelar las avellanas con el martillo.

—¿Y qué le tengo que decir? —le respondió él a gri-

tos—. ¿Qué le digo? No, tú te tienes que morir de hambre; no, tú tienes que pasar frío y tienes que vestir harapos, ¿no?

—Si tuvieras la sangre fría necesaria para hacerlo tú, también permitirías que lo hiciera ella —le soltó mi madre—. ¡Es nuestra hija, Josef!

Aquella noche, mi padre trató de decirme algo sin levantar la voz, atropellándose con las palabras: que ya había hecho bastante, que no era mi trabajo, que mañana me quedaría en casa. No aparté la mirada de las avellanas que estaba pelando, ni tampoco le respondí, y me guardé aquel nudo de frío bajo las costillas. Pensé en la voz ronca de mi madre, y no en las palabras que ella había dicho. Poco después, la voz de mi padre se fue apagando. Mi frialdad salió a su encuentro y lo rechazó igual que en aquella ocasión en que me vio en el pueblo pidiendo lo que le debían a él.